DE LA ESCENA AL GOZO: UM CASO DE FENÓMENO PSICOSOMÁTICO

Stella Ferraretto

“...una lesión de órgano puede ser el regreso de un fuerte pedido que fue un pasaje al acto”.

Nasio, 1993

Esa frase de Nasio (1993, p. 64) me remitió a un caso clínico. Según su teorización el pasaje al acto y la lesión del órgano tienen la forclusión como un mecanismo determinante. Pero ¿cómo pensar en un sujeto que después de un pasaje al acto es tomado por una lesión de órgano? ¿Sería esa situación clínica un elemento capaz de corroborar la tesis de Nasio o, al contrario, permítenos precisar las diferencias entre las dos modalidades de regreso?

Trabajando con el texto, “*Psicossomática: as formações do objeto a*”, en la *Rede Clínica de Psicossomática*, en el cual Nasio teoriza las formaciones del objeto a, haciendo referencia a las formaciones inconscientes, pensé en un caso que me pareció muy paradigmático con la lectura clínica del texto. El autor incluye en las formaciones del objeto a la alucinación, el pasaje al acto y las lesiones de órgano, y apunta la forclusión parcial como el mecanismo determinante de esas tres formaciones. Él trae en este texto algunas contribuciones para la psicoanálisis que abren posibilidades para pensar la teoría de la psicossomática psicoanalítica. Es a partir de ese referencial que voy a discutir algunos puntos importantes para el caso de Carina.

La paciente narra una escena: “mi papá estaba pegándole a mi madre e iba a pegarle a mi hermano, fui intentar apartar y él me empujó, fui hasta la cocina, cogí un cuchillo y di dos cuchilladas en él, él se fue al hospital y yo a la delegación, yo quería matarlo. Desde entonces mi cuerpo se quedó tomado por la psoriasis.”

Tenemos algunas cosas a tratar aquí. La primera sobre el pasaje al acto que regresó como una lesión al órgano. Otra cosa se refiere a la cuestión de la filiación del Nombre-del-Padre y por fin del gozo que se encierra en ese cuerpo lesionado.

Para empezar el análisis de esas cuestiones es necesario marcar el desamparo primordial que persiste en esa paciente. El padre siempre dijo que Carina no era su hija, decía que su mujer había traído un hombre para dentro de la casa y él lo vio, luego después ella estaba embarazada. Delante de ese hecho dicho y repetido a lo largo de los años, la mamá se calló y se sujetó al marido: “mi mamá era una desgraciada, yo no salía de casa porque si saliese él la pegaba, pero ella no me defendía, tenía miedo”.

Carina se queja de esa falta materna de cargar afectivamente en ella. Dice de una madre que no logró presentar la hija al padre, impidiéndola de haberse con la Ley transmitida por el Nombre-del-Padre. Hay aquí una tensión entre las dos maneras como Lacan entiende la filiación. En un primer sentido, la filiación resulta del nombramiento del padre por parte de la madre, según un deseo que no es anónimo. En la segunda acepción, la filiación resulta de la interpretación, hecha por el niño, acerca de la mujer que el padre deseó en la madre. Aparentemente las dos acepciones convergen, sin embargo, el caso presente crea la hipótesis de que, a pesar de la recusa ostensiva en aceptar la nominación hecha por la madre, el celo paterno y su perseverancia en denunciar la supuesta infidelidad, surgen como un signo posible de su deseo por la hija.

La hija protegía la madre contra el padre y, al mismo tiempo, el padre, que no podía reconocerla como hija, la reconocía como mujer. Según el relato de la paciente el padre la tocaba cuando estaban solos “él me venía a cubrir todas las noche, para cubrir no necesitaba tocar y él me tocaba, preguntó una vez si ya habían nacido pelos en la parte de abajo”. Hay una inversión que toca en la cuestión del deseo y del gozo. La hija era la mujer. Mujer que en la presencia de otros era golpeada y meta de injurias, “*vagabunda, piranha, basura, diferente*”, pero, según Carina cuando estaban solos “él era cariñoso”, dijo eso en ton de ironía.

Me gustaría destacar el significante *diferente* que aparece como injuria. *Diferente*, es como Carina se localiza en la familia y eso sigue: “Yo siempre fui inteligente, la más inteligente, mi papá decía que yo era **diferente**, que quería ser perfecta, mejor que él, decía que yo tenía el cabello ‘malo’, **diferente** de mis hermanos y de él, pero eso puede ser genético...”. El significante *diferente* niega, en efectivo, su filiación, pero la genética puede salvarla, “puedo sí ser hija de mi padre, mi abuelo era negro, sé que habían negros en la familia”. Ese hecho justificaría el “cabello ‘malo’”, la herencia genética, la pertenencia en la familia y más, la filiación. Ella es restrictiva cuando dice: “yo quiero ser hija de mi padre”.

Carina permaneció en una posición de objeto para la madre y está ahí mismo, como objeto y en busca de un padre, pero un padre otro, ella dice: “mi padre no cumplió la función de padre”. La cuestión de la filiación para esa paciente no se resolvió, esa busca sigue y se repite en los hombres con los cuales se relacionó, que son o eran alcohólicos y le pegaron, como el padre siempre hizo. En una sesión cuenta que un día el marido le pegó mucho, pero el interesante es que dice tranquilamente: “yo creo que quería aquello, lo provoqué”.

El *diferente*, cualificado como injuria, aparece en una de sus primeras manifestaciones, aún en la primera sesión: “*quem com porcos se mistura, farelo come*” (Quien se mistura con los puercos, salvado¹ come!). Me quedé intrigada con ese dicho popular, como ella misma definió. Ella como *diferente* se esfuerza para no “misturarse” en una familia de “fracasados, alcohólicos, y vagos”, es así que se refiere al hermano, esposo e hijos. Ella no sabe qué hacer para ayudarlos, “yo hablo, pero nadie me escucha, dicen que soy la dueña de la verdad, Dios, sargento”. El tiempo todo insiste el *diferente*, ella es la única que tiene psoriasis, que trabaja, que terminó los estudios y sostiene a todos. Ser *diferente* es lo que hace Carina misturarse en esa familia. Eso se confirma con la segunda parte del dicho popular “*farelos come*” (salvado come), *restos* que reaparecen cuando ella habla sobre la psoriasis: “cuando me quedé con psoriasis, parecía **a mulher cobra, eu esfarelava** toda (**la mujer serpiente, yo desmenuzaba** toda).

Lacan, al comentar la psicopatología en la *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma* (1975b), dice que en esos casos hay una falla en la constitución de la metáfora subjetiva y en la operación de la metáfora paterna. Eso quiere decir que en el proceso de separación algo falla, no hay afánisis², pero sí holófrasis³, gelificación⁴ de los significantes S_1 y S_2 , no hay intervalo, separación. Y en lo que se refiere al Nombre-del-Padre, una cuestión se coloca: ¿cómo él operó? En ese caso, entra en escena el concepto de forclusión, o sea, el Nombre-del-Padre se quedó afuera, no hay significante excéntrico a la cadena, él está amalgamado, solidificado a ella. De esa manera, no hay consistencia del sistema signifiante.

¹ Salvado aquí puede ser pensado también como migas de pan o de cualquier otra cosa, como residuos e restos, pedazos muy pequeños, desmenuzados.

² Afánisis para la teoría lacaniana tratase del desaparecimiento del sujeto que ocurre en consecuencia de aquello que le causa como tal, el significante.

³ Holófrasis: es una palabra apenas e solo expresa una idea con completa, así como una frase, pero sin el verbo, sin la acción, no hay la trilla significante, donde se puede conducir una interpretación que vise un significante, que abra para el sentido o para el “des-sentido”.

⁴ Gelificación- algo como una cristalización.

Nasio apunta para la cuestión de forclusión en los fenómenos psicossomáticos argumentando que:

Cuando digo que la forclusión del Nombre-del-Padre es el mecanismo de una lesión de órgano, no significa que la realidad sea caótica y que el sujeto sea psicótico...yo localizo la forclusión. En otros términos, hablar de la forclusión como mecanismo local es una manera de decir, todavía, que la realidad que nosotros abordamos, la de lesión de órgano, es una realidad local. (Op. Cit., pp. 60-61).

Él cuestiona la forclusión en un plan global, comenta que nada llevaría a pensar que la forclusión aguantaría el desmoronamiento del ego, al contrario, él cree que la defensa fue excesivamente fuerte y el ego sufrió una pérdida, pero este sigue, en su conjunto, una especie de unidad consistente. El ataque fue solo local y la pérdida solo parcial, o sea, la separación de la realidad puede ser parcial.

Pero en el caso de Carina, la consistencia está sugerida por la demanda de filiación, se trata de una consistencia "precaria", debajo de las circunstancias exactas del pasaje al acto y de la posterior formación psicossomática, hay una especie de reconfiguración del Nombre. Si el significante *diferente* parece representar el sujeto para la red de significantes que representan la familia, es ahí mismo que se articula la cuestión de su filiación. Así, si el pasaje al acto sugiere una forclusión provisoria del Nombre-del Padre, la formación de la psoriasis restablece esta conexión por la vía del significante, ahora cristalizado, de la *diferencia*. Eso se ve corroborado por la referencia a los restos.

Para Nasio, esa realidad de la lesión de órgano, a la ascendencia genealógica del paciente no asciende ni desciende de acuerdo con las ramificaciones del árbol de filiación significativa. No hay filiación según los encadenamientos significantes. Hay un significante, el *diferente*, que hace la filiación circular en el nivel de las lesiones orgánicas, de esa manera, la filiación del Nombre-del-Padre se transforma en filiación del objeto (que sustituye a la filiación del Nombre-del-Padre o que puede funcionar como uno de los Nombres-del-Padre). Y aquel que sería regreso en relación al "recalcamento", tendría una consistencia heterogénea en la forclusión, cuyo regreso sería el apelo, o sea, la lesión, como dice Nasio, una variación brusca, súbita, inscrita en un órgano, sin remitir a nada, sino ella misma.

Las formaciones del objeto *a* son "producciones psíquicas donde no hay referencia significativa" (Ibid., p. 24), o sea, la respuesta, el regreso de un apelo significativo no más es otro significativo, no remite a nada, pues los significantes son

“holofraseados”. Entonces la respuesta al apelo que sería “fantasmático” se transforma en una formación del objeto *a*, una lesión de órgano, por ejemplo. Pero el apelo a que Nasio se refiere no sería de la misma consistencia que el apelo para el neurótico, como la voz, la mirada, pero sería algo del orden de una fuerte imagen, un sonido, un apelo macizo, condensado, en el nivel de la enunciación en la cual está el sujeto, no hay enunciado. Ese apelo capaz de paralizar el sujeto, ese apelo que viene con elementos cortados, como frases condensadas, “holofraseadas” regresan como formación del objeto *a*. Ese apelo macizo y anticipador, “que ultrapasa las posibilidades receptoras del sujeto” (Ibid., p. 63) que engendra la lesión tiene, según Nasio, la misma consistencia de la lesión.

En ese caso, el órgano *piel*, fue extremadamente “erogenizada” por el padre, el deseo fue puesto en la “flor de la piel”⁵. Había un deseo y un goce en el toque del padre en la piel de la hija. Pero ese deseo y ese goce son de la orden del insostenible y es ahí que apunto una cuestión que Nasio trabaja en su texto: en los casos de lesión de órgano *el deseo lleva al más lejos la barrera contra el goce*, el goce fálico. Se introduce una realidad otra.

Lacan habla del goce como lugar de real, por estar fuera del alcance de la simbolización. Aquí el goce encarna en el cuerpo, pero la lesión no es simplemente un goce real, pues “no hay en toda realidad del sujeto, real que él tenga acceso. Cada vez que él toca el real eso cambia – lo toca, y eso se transforma en realidad, y el real cambia de lugar” (Ibid., p. 68). El goce es un goce local, de una realidad local, como si hubiera una “mordedura” en lo real, que se encierra en el cuerpo, haciendo de esa lesión su realidad.

Volviendo al caso de Carina, el acto, las cuchilladas hechas contra el padre, de cierta manera, no dio cuenta de apartar para lejos el goce insostenible que de veía tomada todas las veces que se re-actualizaba la escena de cobertura del padre sobre ella. Cuando dice: “mi papá no cumplió la función de padre”, toca en la cuestión de que no hay huella, no hay interdicción de la ley del incesto, no hay barrera contra el goce, todo o casi todo es permitido cuando se trata del otro, pero al mismo tiempo, esa declaración asume un valor denegatorio: es por no tener cumplido la función de padre que puedo hacer apelo para que él lo haga. A Carina no resta alternativa, delante de la falta de la muerte del padre, sino repetir la misma operación psíquica, engendrando en la lesión de órgano un nuevo intento de corte, imponiendo la barrera que la distanciará del goce inenunciable y abominable del amor al padre. O sea, el deseo llevó al más

⁵ A la superficie.

lejos a la barrera contra el goce, y eso nos remite a su habla: “después que quedé llena de psoriasis, mi padre nunca más me tocó, lógico, yo parecía la mujer serpiente”.

De las escenas violentas, de los “cariños” del padre que se repetían siempre, de repente hubo una escena, una escena de violencia contra la madre, solo una más, pero fue a partir de esa escena que algo ocurrió, algo de orden del apelo. El acto regresó como una lesión de órgano, en una psoriasis que aguanta el significante *diferente*, que es como ella se posiciona en esa familia.

En el *Seminário A angústia*, Lacan dice que es “de la angustia que la acción saca su certeza. (...) [El acto] un de aquellos momentos cruciales del destino que podemos ver repercutir de una generación para otra, con su valor de cambio de un rumbo en un destino” (SX: 1962-63, p.130) Sin más angustia, el destino: la lesión, la *mujer serpiente*, la *diferente*. Tomada por el cuerpo en restos, goza, y es así que puede llevar su deseo mucho más delante de la barrera contra el goce: es como si fuera un contaje absoluto del goce.

Referencias bibliográficas

Nasio, J. D.: *Psicossomática: as formações do objeto a*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1993.

Lacan, J. (1962-63). “Passagem ao ato e acting out”. *O Seminário Livro X: A Angústia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2005.